

Un tercio de conciencia

[Almudena Casas-Carmona + Antonio de La Muela + Curra Rueda]

SÍNTESIS DEL PROYECTO EXPOSITIVO

La exposición *Restos de identidad* reúne el trabajo de los artistas Almudena Casas-Carmona (Cádiz, 1971), Antonio de La Muela (Madrid, 1972) y Curra Rueda (Madrid, 1971), quienes, desde diversos medios y lenguajes, reflexionan sobre la identidad del hombre contemporáneo.

Realizada de manera específica para la sede madrileña de la Fundación PONS, la exposición revela tres modos de desembarazarse de los estereotipos sobre la identidad humana y de revelar la imposibilidad de una definición cerrada. Los tres artistas trabajan a partir de los vestigios de una concepción del hombre que ya no es sólida y homogénea, sino fragmentada, múltiple y poliédrica.

Almudena Casas-Carmona fotografía a la multitud que transita por distintos espacios urbanos y que, en su conjunto, integra una idea abstracta de lo social. Ahora bien, lejos de acomodarse a una imagen que armonice el anonimato global de los transeúntes, Almudena Casas rescata al menos a uno de esos personajes anónimos y lo pone de relieve por medio de la intervención pictórica. Más que un mero archivo, la fotografía es entendida por la artista como lugar donde descubrir –siguiendo a Roland Barthes y su definición de *punctum*– “ese elemento que emerge de la escena, se dispara como una flecha y me atraviesa (...) es penetrante pero sutil, grita en el silencio”. Para Almudena Casas-Carmona, lo que emerge de la multitud y atraviesa su sensibilidad es lo humano, el cruce de miradas que establece un vínculo individual. La pintura surge entonces como una caricia que responde a esa mirada y la identidad es otorgada por medio de la *carnalidad* que aporta el trazo pictórico, en consonancia con la aseveración de Berger de que “la pintura es, más directamente que cualquier otro arte, una afirmación de lo existente, del mundo físico al que ha sido lanzada la humanidad”.

Las pinturas de **Antonio de La Muela** tampoco establecen una imagen única sujeto; su obra parece mantener, en consonancia con la tradición del género, la idea del rostro como sede simbólica de la identidad. Sin embargo, el artista diluye sutilmente este centro para desplazarlo a otros ámbitos: la dirección de la mirada, la pose, el gesto de las manos, el atributo que porta el retratado o el propio espacio que rodea a la figura. Antonio de La Muela desentierra la memoria y la experiencia del individuo y propone una dialéctica, a veces felizmente contradictoria, entre presente y pasado, disfraz y desnudez, naturalismo del gesto y apropiación de códigos compositivos. El artista cuestiona en sus obras la apariencia, la vertiente de proyección social del yo, y basa gran parte de su trabajo en la alteración de los dispositivos disciplinares de la concepción del cuerpo, del desnudo y de la identidad. Así ocurre en su serie “Susana y los viejos”, realizada específicamente para esta muestra, donde la subversión de las jerarquías de poder logra abolir muchos de los significados aceptados de lo “correcto”.

Parece que hablar del alma ha caído en desuso. Es el cuerpo el que se muestra, el objeto de todo cuidado y atención, elemento definidor de la identidad. Formal y conceptualmente, los dibujos de **Curra Rueda** evocan esta ausencia a través de una dialéctica entre la luz y la oscuridad. El desplazamiento de la unicidad del cuerpo a favor de una metáfora de lo trascendente se revela en sus dibujos por medio de redes lineales plateadas tejidas sobre fondos neutros. La constitución de la línea no transcribe un cuerpo sino que establece una paradoja: la ausencia de lo físico y la presencia de lo inmaterial. En este sentido se expresaba María Zambrano al señalar que el dibujo pertenece a la especie más rara de las cosas, “a aquella que apenas si tiene presencia: que si, son sonido, lindan con el silencio; si son palabras, con el mutismo; presencia que de tan pura, linda con la ausencia; género de ser al borde del no-ser”. Un no-ser que, no obstante, para Curra Rueda responde a una lógica compleja: para la artista, sólo lo que ilumina reconforta y puede ser camino de construcción. Es decir, parte de un cuerpo ausente para proponer la posibilidad de otro nuevo, sublimado, íntimo y trascendido.

Extraer al hombre de su anonimato y crear para él la posibilidad de una identidad independiente del resto (Almudena Casas-Carmona); otorgarle nuevos estadios del yo que sobrepasen la homogeneidad que aplican de los códigos culturales (Antonio de La Muela); hacer visible lo trascendente y enmascarar la necesidad de singularización física (Curra Rueda). Estos son los vestigios que los artistas recuperan del dramático naufragio de la identidad del hombre en una sociedad global, determinada por el prefijo post-¹, y donde han desaparecido los ideales del “yo”.

¹ ¹ “Vivimos en una post-cultura, una cultura relacionada con todo tipo de abusos -post-Holocausto, post-industrial, post-humanista, post-cultural, incluso-”. En CONNOR, Steven. *Cultura posmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad*. Akal, Madrid, 1996, p. 51.

CONCEPCIÓN TEÓRICA: LA CONSTRUCCIÓN POSMODERNA DEL “YO”

Cada época y cada cultura imponen unos modelos concretos de personalidad y concepción propia de la individualidad. Si en la Antigüedad clásica al hombre le está velada su identificación como individuo escindido de la sociedad², el posterior devenir histórico incorporará la individualidad en las condiciones de su tiempo. Desde las *Confesiones* de San Agustín hasta los nuevos ideales de individualidad que culminan a finales del siglo XIX, los procesos de mutación de la sensibilidad del individuo con su propio “yo” se deslizarán en consonancia con las nuevas teorías levantadas en torno a la percepción humana.

La ficcionalización del sujeto que caracteriza gran parte de las formas literarias modernas activarán un nuevo “yo” que no estará constituido, como ocurría hasta entonces, por una serie cronológica de la experiencia: para Proust pasado y presente, sueños y pensamientos se funden a través de intervalos de espacio y tiempo; Freud demostrará lo tendencioso de los recuerdos y de la memoria; Nietzsche mantendrá en *El eterno retorno* que todos los momentos de nuestra vida se habrán de repetir, esto es, cada acto de nuestra vida habrá de obrar eternamente; para Bergson, el pasado se dilata sin cesar en un presente absolutamente nuevo, contaminándolo y condicionándolo.

Cuando nos adentramos en el problema de la representación del sujeto en las artes plásticas actuales y tratamos de relacionarlo con el problema de la identidad, la interpretación se convierte, en muchas ocasiones, en irresoluble. El tránsito al nuevo siglo ha presentado otro ser con nuevos apellidos: indefinible, abismado, escindido, vacío, imprevisto, trascendido, donde el concepto de unicidad desaparece definitivamente. Nuevas identidades, intersubjetividades, individuos no delimitados que se inscriben en la ficción de una nueva era ajena al carácter engañosamente esclarecedor de las denominaciones tradicionales. La identidad se vuelve versátil, múltiple, y el cuerpo se desplaza hacia lo discontinuo y aleatorio, hacia la metamorfosis. Oclusión de la identidad y diseminación de un yo en constante escisión. Ya no se trata –como ocurría en el arte corporal de los sesenta y setenta— de hacer del cuerpo una representación, sino de concebirlo nuevamente.

² El héroe sobresale en tanto representante del total de los valores de la sociedad.